maternal, el último ósculo de adoración sobre la tierra; y aunque sus labios no se movieron para hablar, diría, empero, su ánima, exhalando el último suspiro de despedida: «La tierra se abre para tragar mi felicidad; la tierra se abre, para sepultar mi sangre; la tierra se abre, para sepultar mi vida. ¿Dónde estáis ahora, días hermosos de Belén y de Nazaret, en que yo estrechaba á Jesús pequeñuelo contra mi pecho? ¿Cómo ahora su boca no se abre, para que mis lágrimas se sequen? ¡Oh!, vuelvan, vuelvan en buena hora los suplicios del Calvario para mí sola; pero que no quede mi Hijo sepultado. Torne yo á ver los fieros rostros de los verdugos, riyéndose de mi dolor, y no vea ese sepulcro abierto, mucho más terrible para mí que la aguda lanza del centurión. Vuelve tú, ¡oh Jesús mío!, á negarme el nombre de madre desde la cruz, que yo acogeré con resignación tu santa palabra; tórnese á eclipsar el sol y estremézcase de miedo la tierra; tornen los muertos á dejar sus sepulcros, y vuelve tú otra vez, Jesús mío, á expirar, y vengan sobre mi tierno corazón todos esos cuchillos de dolor; pero que mis ojos te vean; pero que mis brazos te estrechen; pero que ese fiero sepulcro no se abra para guardarte en su seno, porque entonces desfallezco de aflicción.»

Todo esto diría el ánima de aquella afligidísima Madre, y sus labios permanecían en silencio, como dándonos muestra de su heroica resignación en el sufrimiento. Por fin el cuerpo divino de Jesús cayó en el sepulcro, y la fría losa, al cerrarlo, cayó pesada y abrumadora sobre el corazón de María. *Lapsa est in lacum vita mea et posuerunt lapidem super me.* Y los muertos misteriosos que cercaban la cruz se agitaron de dolor, y lloraron los ángeles de paz, y los montes contemplaron á María y se movieron sus entrañas duras á dolor, porque se cumpliera la profecía de Habacuc: *Viderunt te et doluerunt montes* (1).

(1) Hab., III, 10.

II

Y nosotros también hemos de manifestar nuestro sentimiento dando sepultura á nuestras malas pasiones, que son sepulcro hediondo donde sepultamos á Jesús, que es la vida de la gracia, y losa gigante y pesada que cae sobre el corazón de María, que es la Madre de la gracia.

«Mirad, dice San Juan Evangelista, que tan grande es el amor que Dios nos tiene, pues nos levantó á tanta honra, *que no sólo quiso que nos llamásemos hijos de Dios, sino que también lo fuésemos* (1).» Postrados estábamos en los caminos obscuros del mal, y revolcándonos en el cieno miserable de nuestros pecados; cadenas arrastrábamos de infinitas penalidades, y Jesús, derramando por su voluntad la sangre divina de sus venas sobre nuestras frentes, dió vigor á nuestros miembros tullidos, para que pudiéramos enderezarnos; rompió las cadenas que ligaban nuestros pies, para que pudiésemos andar; y lavó las manchas horribles de nuestras culpas, para que desapareciera la siniestra deformidad, por la que el Eterno apartaba sus ojos enfurecidos de nuestro rostro.

Mirónos, pues, el Padre sanos y limpios, y vió la imagen de su hermosura resplandecer en nuestras almas, y nos dió el nombre esclarecido de hijos suyos; y los que se aprovecharon de aquel inestimable don de la gracia, comenzaron á caminar por los senderos de las virtudes, á desbaratar los planes del demonio, á poner en fuga el escuadrón de tentaciones en que Luzbel, el padre de la mentira, quiso envolverlos, y no solamente tuvieron el nombre de hijos de Dios, sino que, en realidad de verdad, lo fueron, pues que se hicieron santos.

Asentados estábamos en medio de las tinieblas del

(1) I Joan., III.

error, rodeados por todas partes de enemigos, que aguardaban tranquilos, porque ya los vicios eran señores de nuestro corazón, á que llegase á su fin aquella miserable vida, para conducirnos á la morada del quebranto, donde hay eterno crujir de dientes, sempiterno horror, ninguna esperanza, ninguna dicha, ningún alivio, ni manera de refrigerio para el mal, sino la carencia de la vista de Dios, que es la suma de todos los males; cegados estábamos con tal suerte de ceguera, y la sangre de Jesús fué precioso ungüento con el que se abrieron nuestros ojos, y reparamos tanto mal como había á nuestro alrededor, y huimos temerosos de la boca del abismo; y libres ya de tan terrible riesgo, los justos vieron la hermosura inefable de Dios y le amaron con todas sus fuerzas, con toda su voluntad. Y Dios trino y uno descendió á morar en las almas santificadas para que se cumpliera la promesa del Salvador: *Si alguno me ama, guardará mis mandamientos, y mi Padre le amará, y á El vendremos y en El haremos nuestra morada* (1). «Y ya, según expresión de San Pablo, *no es el alma justa la que vive, sino que vive Cristo en ella y reinando dentro de ella* (2).» De suerte que ésta es una manera de encarnarse Cristo espiritualmente en nuestras almas.

Y si esto se verifica por la guarda de los mandamientos divinos, si la virtud es la que obra tales maravillas, según aquello de San Agustín: *qui creavit te sine te, non salvabit te sine te;* el pecado producirá el efecto contrario, matando, digámoslo así, esta manera deífica de vida; el pecado desterrará á Jesús de nuestras almas, dejándolas muertas á esta vida de gracia, y el cuerpo espiritual de nuestras almas, que Jesús tomó para vivir, quedará muerto y enterrado, por nuestros continuos pecados, en el sepulcro hediondo de nuestras malas pasiones. Pudiéndose concluir de aquí que con nuestros delitos damos

(1) Joan., XIV, 23.
(2) Gal., II, 10.

muerte á Jesús dentro de nosotros mismos, y que nuestros vicios son la sepultura hedionda donde le enterramos. *Lapsa est in lacum vita mea.*

Sepultura hedionda es, porque los vicios son gusanos asquerosos y roedores que cada día ensucian más y destrozan nuestras almas. ¡Indigno ultraje que inferimos á Jesús! ¡Ingrata recompensa que damos al que vertió la sangre de sus venas, para obrar tales maravillas! Cristianos, acá en el mundo se llama infame al pobre que devuelve la afrenta por la limosna; decid vosotros cómo hemos de nombrar desde ahora á las almas que dan la muerte á Jesús por la vida que él les regala. Les llamaremos monstruos de ingratitud é hijos del demonio. Y si la fealdad de tan horrible delito no nos mueve para alejarnos de él, muévanos al menos la consideración de las penas que por este pecado padece su Madre, nuestra Señora y Reina, María Santísima.

María, como es Madre de Jesús, es también Madre de la gracia; que si á Jesús el darnos gracia tan cumplida costó más que al mismo Eterno crear el mundo, según expresión de San Agustín, pues que le costó su sangre, María puso más que nadie para que fuéramos redimidos, puesto que puso al Hijo de sus entrañas. Vióla nacer su amor en un pesebre y lo sufrió con humildad, echando así los cimientos de todas las otras virtudes en el gran edificio que Jesús había de levantar. Vió María á su Hijo perseguido y desterrado, y lo sufrió con ánimo igual; buscólo perdido en las calles de Jerusalén; vióla preso, de tribunal en tribunal, ó de injusticia en injusticia; le dió fortaleza con su mirada en la calle de la Amargura; asistióle heroica y magnánima en sus últimos instantes, y así como entonces fué proclamada Madre de todos los hombres, al expirar su Hijo, el divino Redentor, y concluirse en las almas el imperio del demonio, quedó María proclamada por Dios y por sus ángeles la Madre de la gracia, como sublime corredentora. De manera que ofen-

der á Dios es ofender á María, y desterrar á Jesús de las almas por el pecado, es arrebatar á María el cetro de reina que tiene sobre los justos; es derribarla del trono que asienta sobre los corazones virtuosos; y las malas pasiones, que abren sepulcro hediondo á Jesús, matándole antes en nuestras almas, son también, por ineludible consecuencia, la losa pesada que cae sobre María: *Lapsa est in lacum vita mea et posuerunt lapidem super me.*

De suerte, que así como las entrañas de María fueron conturbadas con hondo pesar, viendo que el sepulcro tragaba el cuerpo de su santísimo Hijo, que ella llevó en su seno, que ella lactó, que ella tantas veces acarició, así también lloran sus ojos y se aflige por extremo su corazón, cuando las almas vencidas por el demonio se hacen sepultura hedionda de Cristo, autor de la justicia y de la gracia. María se retira de aquellas almas, dejándose en ellas su corazón despedazado por el pesar, y llora con profundo dolor la afrenta que el Redentor recibe, y la miseria y las desdichas de aquellos hijos perdidos, que Ella, con tan inmensos dolores, hiciera revivir para el cielo. *Lapsa est in lacum vita mea et posuerunt lapidem super me.* Arrojada fué en el sepulcro aquella vida que Ella les dió, y pusieron la piedra sobre el divino y misericordioso corazón de María.

Ea pues, almas cristianas, rescatadas con sangre de Cristo y lágrimas y angustias de su Madre; puesto que las malas pasiones son sepulcro que entierran á Jesús y ponen la losa pesada en el corazón de María, enterremos nosotros á nuestras pasiones. Cuando la tempestad arrecia en el mar y el barco se sumerge cargado de riquezas, las riquezas son arrojadas á las aguas, para que el barco no perezca con ellas; pues en el mar alterado de la vida, las malas pasiones son carga pesada, que ahonda el barco de nuestra alma en los senos del pecado, y debemos echarlas fuera de nosotros, para que nuestras almas caminen libres y ligeras por los mares de la gracia.

Espíritus muertos por la soberbia y por la lujuria, que yacéis en el hediondo sepulcro del pecado, cubiertos de los gusanos de los vicios; espíritus corrompidos, para quienes ya no tienen poder los sacramentos, que á las almas vivas aplica la Iglesia; espíritus nauseabundos, que exhaláis el hedor de la miseria que os envuelve, resucitad, porque tenéis en vuestra propia voluntad el germen de la resurrección. Almas muertas por el pecado, tristes imágenes del cuerpo divino del Redentor muerto por las culpas de los hombres, poder tenéis como Jesús, para revivir; resucitad, tornad á la gracia, como Jesús tornó á la vida; acercaos á la probática piscina del tribunal de la penitencia y limpiaos allí de las manchas que os afean; sumergid en aquellas aguas limpias de la contrición y del perdón las pasiones que antes á vosotras os sumergieron; levantaos con presteza del sepulcro de los vicios, romped las infames ligaduras que os detienen y haced saltar en pedazos la losa que oprime el corazón de María. No más sepulcro, no más muerte, no más esclavitud. Escuchad; Jesús nos llama desde su sacramento de amor; otra vez su dulce voz exclama, como en la aldea de Betania: *Lazare, veni foras* (1); alma asesinada por la culpa, sal afuera del sepulcro, ven á mis brazos de Padre; María también nos lo ruega. ¿Nos haremos sordos á estas voces de amor y de misericordia?

No sea así y sea fruto especialísimo que saquemos de nuestro arrepentimiento, el acercarnos á la santa mesa de la Eucaristía con el alma limpia de todo pecado. Porque cuando nuestro espíritu está manchado con el delito y recibimos á Jesús en nuestro pecho, es cuando realmente lo enterramos en un sepulcro hediondo. Entonces nuestro cuerpo, que es morada de Satanás y de las bestias fieras de los pecados, es el lago horroroso de los leones, donde nuestra voluntad sepulta en vida al divino é

(1) Joan., XI, 43.

inocente Daniel. Las fieras hambrientas que ocupan el lago, que son los demonios, se humillan delante de Jesús y lo respetan. Pero ¡ay de los acusadores que al Redentor arrojaron á tan inmunda morada! ¡Ay de las almas que á Jesús lanzaron al antro de las fieras!, porque ellas también caerán en lago eterno del infierno, donde los voraces demonios no las tendrán manera ninguna de respeto.

No sea esto así, ¡oh Virgen dolorosísima!, ¡oh Madre de los pecadores!, ¡oh Santísima Madre de la gracia! Infunde en nuestras almas horror al pecado. Preséntalo delante de nuestros ojos como el peor enemigo de Dios, como nuestro más cruel verdugo, como la lepra más repugnante, como el más negro y erizado de los abismos, donde nos podemos despeñar, como el ladrón más feroz y sin entrañas que nos pueda perseguir, para que huyamos de él á tus brazos, como náufragos á la playa, como corderos perdidos al redil, como niños al regazo de su madre. Y cuando nos tengas abrazados, no nos dejes nunca; castíganos con rigor, cuando se inicie en nuestra voluntad el deseo de separarnos de Ti; prémianos con tus regalos, cuando sin Ti nos sean amargas y desabridas todas las cosas de la tierra; porque de esa manera no pecaremos jamás, ni volverá á caer sobre tu corazón la losa pesada de nuestros delitos; y viviendo tranquilos aquí en la tierra, volaremos al cielo después de nuestra muerte, á gozar de la eterna bienaventuranza de la gloria. Amén.

NOVENO Y ÚLTIMO DOLOR

Soledad de María.

> Cor meum conturbatum est, dereliquit me virtus mea: et lumem oculorum meorum, et ipsum non est mecum.
>
> Mi corazón está conturbado, me ha desamparado mi fuerza y aun la misma lumbre de mis ojos no está conmigo.
>
> (Psalm. XXXVII, 11.)

De dónde viene esa mujer con la túnica ensangrentada, pálido el rostro, agonizantes los ojos, y lento y perezoso el andar? ¿A quién deja tras de sí que con tanta pena abandona? La luz arde en sus ojos, cuando se vuelve hacia el lugar que deja, luz de tristeza, como la cárdena lumbre de los meteoros que iluminan la desolación de un naufragio. Palabras incoherentes murmuran sus labios á manera de suspiros, y luego las lágrimas ruedan silenciosas y abundantes por sus mejillas, como lluvia copiosa que desciende de las nubes, que produjeron el relámpago. La multitud plañidera que la acompaña la empuja suavemente y la obliga á caminar. Y la noche que baja rodando de las montañas, empuja con mano invisible á la multitud, que cobra miedo de sus sombras, y se vuelve hacia la triste mujer que acompaña, como pidiéndole auxilio, y